

ROBIN LANE FOX

ALEJANDRO MAGNO

CONQUISTADOR DEL MUNDO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MAITE SOLANA

BARCELONA 2007



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Alexander the Great*

Publicado por:

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© Robin Lane Fox, 1973

© de la traducción, 2007 by Maite Solana Mir

© de esta edición, 2007 by Quaderns Crema, S.A.

© de los mapas, 2004 by J.G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger
GmbH, Stuttgart (Rudolf Hungreder)

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-96834-25-5

DEPÓSITO LEGAL: B. 1575 - 2008

En la cubierta, Pierre Puget, *Encuentro de Alejandro y Diógenes de Sinope*, bajorrelieve en mármol, (1680), Museo del Louvre.

El editor agradece a J. G. Cotta su amable autorización
para la utilización de los mapas.

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composición*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA REIMPRESIÓN *enero 2008*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre 2007*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Prólogo, 9

Prólogo a la edición alemana de 2004, 13

PRIMERA PARTE

- i. Asesinato después de la boda, 29
- ii. Macedonia: el país y sus gobernantes, 47
- iii. Infancia y juventud, 73
- iv. El ejército macedonio, 114
- v. El joven rey, 135
- vi. Mirada hacia Oriente, 152

SEGUNDA PARTE

- vii. El paso a Asia Menor. La visita a Troya, 179
- viii. La batalla de Gránico, 189
- ix. La campaña punitiva contra los persas, 204
- x. El nudo gordiano, 231
- xi. La estrategia de los persas, 245
- xii. Isos, 271
- xiii. Superioridad técnica. El asedio de Tiro, 287
- xiv. Egipto y los secretos del Oasis de Siwa, 313
- xv. El avance hacia Oriente, 353
- xvi. La victoria de Gaugamela, 374
- xvii. El botín. Días tranquilos en Babilonia, 392
- xviii. El saqueo de Persépolis, 415

TERCERA PARTE

- xix. La herencia de Darío, 429
- xx. El proceso contra Filotas, 449
- xxi. Más allá del Hindu Kush, 469
- xxii. El asesinato de Clito, 495
- xxiii. La conspiración de los pajes, 514
- xxiv. La invasión de la India, 532
- xxv. La batalla del Hidaspes, 565
- xxvi. El Ganges llama, 583

CUARTA PARTE

- xxvii. En el fin del mundo, 601
- xxviii. Marcha a través del desierto de Makran, 621
- xxix. Boda en Susa, 648
- xxx. Amotinamiento en Opis. La muerte de Hefestio, 676
- xxxi. Veneración divina, 701
- xxxii. La muerte de Alejandro, 743
- xxxiii. El helenismo en Oriente, 761

Notas, 807

Addenda, 921

Bibliografía selecta, 926

Índice onomástico, 935

LISTA DE MAPAS

- Grecia, Macedonia y el Egeo, 48
- Turquía y marcha hacia la batalla de Isos, 180
- El Imperio persa occidental, 333-330 a.C., 288
- La ruta de Alejandro, septiembre 330-327 a.C., 450
- Frontera del noroeste 327-326 a.C., 534
- Asedio de Pir-Sar, 556
- Ruta al Hidaspes, 566

ASESINATO DESPUÉS DE LA BODA

Hace dos mil trescientos años, durante el verano de 336 a. C., el rey de los macedonios celebraba otra boda real. Para el rey Filipo el matrimonio no era nada nuevo, puesto que ya había convivido al menos con siete esposas de rango diverso, si bien hasta entonces nunca había sido él el padre de la novia; Filipo iba a entregar a su hija a un joven rey del Epiro que estaba bajo su protección y que vivía al otro lado de la frontera occidental de su reino. El matrimonio no tenía nada de romántico: el novio era el propio tío de la novia. Sin embargo, y con razón, a los griegos no les desagradaba la relación entre un tío y una sobrina, ni tampoco veían ningún peligro en ella; para Filipo, que por lo general había combinado sus pasiones con las responsabilidades políticas, éste era el momento apropiado para introducir a una hija en el seno de su propio círculo cortesano y forzar con el rey vecino una relación más estrecha que fuera objeto de aprobación.

La ocasión se preparó con toda magnificencia y con la intención de que los invitados la encontraran de su agrado. Durante mucho tiempo, los reyes macedonios habían reivindicado ser de ascendencia griega, aunque a los griegos casi nunca les había convencido esta insistencia de los norteños. Cuantas más inscripciones, nombres de persona y de meses del calendario y cultos se descubren y estudian, más evidente resulta que el rey y la «etnicidad» de la corte, o la «personal ascendencia común», eran históricamente correctas y, en efecto, griegas. Sin embargo, sus enemigos los llamaban «bárbaros». Dos años antes, Filipo había vencido al último de sus oponentes griegos y se había convertido en el primer rey que controlaba las ciudades de la península griega; estas

ciudades, según había dispuesto, iban a ser sus aliadas, unas aliadas que compartían una paz común y que lo reconocían como caudillo, un título novedoso que confirmaba que su conquista era inherente a una ambición mucho mayor. Como caudillo de los aliados griegos, Filipo no pretendía quedarse y oprimir a las ciudades que había ocupado, sino marchar junto a dichos aliados contra un enemigo exterior. La primavera anterior a la boda, Filipo había hecho honor a este título y había enviado una avanzadilla del ejército al este para combatir al Imperio persa en Asia. Ahora, en pleno verano, esperaba llevar a cabo la invasión total; el Consejo griego, que era su aliado, lo había elegido como comandante supremo, y la boda de su hija constituía su gran oportunidad para organizar una espléndida despedida. Se había invitado a amigos extranjeros procedentes de las conquistas, que abarcaban desde el Mar Negro hasta las costas del Adriático, y desde el Danubio hasta el extremo meridional de Grecia: los invitados griegos se desplazarían al norte para ver el reino macedonio desde dentro, y esta boda entre tío y sobrina podía ser de utilidad para persuadirlos de que su caudillo macedonio no era tan tirano como pretendían en sus protestas.

Sin embargo, los griegos y la opinión que éstos tenían de él no eran la única preocupación de Filipo. Otros recuerdos incómodos perturbaban la paz del hogar y le traían a la memoria su última boda, celebrada en Macedonia hacía más de un año; una boda que había provocado un cisma en la familia real debido a sus repentinas implicaciones. Cerca ya de la madurez, Filipo se había enamorado de Eurídice, una joven procedente de una noble familia macedonia, y había decidido casarse con ella, quizá porque ella esperaba un hijo suyo, quizá también porque la joven tenía poderosas relaciones en la corte y el ejército. Sus otras cinco mujeres habían contemplado el asunto con indiferencia, pero la reina Olimpia no podía considerarlo como una frivolidad más entre muchas otras del pasado. Como madre de Alejandro,

el único hijo legítimo de Filipo, y como princesa del vecino Epiro, Olimpia se había ganado el mérito de ser reconocida como reina de Macedonia durante los últimos veinte años. Sin embargo, Eurídice era una macedonia y Filipo se había enamorado; los hijos de una muchacha macedonia, que no era una princesa epirota extranjera, podían alterar los planes de Olimpia en relación con los derechos de sucesión de su propio hijo, y tan pronto como las familias de las dos esposas coincidieron con motivo del banquete nupcial, el tío de Eurídice expresó en voz alta esta teoría. Empezó una trifulca, y Alejandro desenvainó su espada y amenazó a Filipo. Alejandro y Olimpia huyeron de la corte, y, si bien Alejandro tardó poco en regresar, Olimpia se marchó a su Epiro natal y se quedó allí. Mientras tanto, Eurídice dio a luz a una niña a la que Filipo puso el nombre de Europa; en otoño, Eurídice estaba de nuevo encinta. En esta ocasión, días antes de la despedida de Filipo con motivo del viaje a Asia, Eurídice le había dado un hijo varón; cuando los invitados extranjeros de Filipo llegaron para las celebraciones nupciales, la corte y la familia real eran conscientes de que iba a producirse un cambio en la balanza de la popularidad. El niño era la gota que colmaba el vaso: parecía imposible que a esas alturas Olimpia recuperara su antigua autoridad.

Aun durante su ausencia, Olimpia seguía teniendo dos razones para ser respetada por Filipo: su hijo Alejandro y su condición de princesa del vecino Epiro. Sin embargo, la primera razón, su hijo, ya no era única, y la segunda, su realeza epirota, iba a verse desbaratada con la boda de despedida organizada por Filipo. Era una cuestión obvia, aunque compleja. Olimpia era la madre de la novia y la hermana mayor del novio, pero el matrimonio iba rotundamente en contra de sus intereses; por esa razón Filipo lo había organizado. El hermano de Olimpia, el novio, también era el rey del Epiro; con motivo del nuevo matrimonio de Filipo, en su huida Olimpia acudió a él para vengarse. No encontró ninguna

ayuda en su hermano, cuya juventud había transcurrido en la corte macedonia; allí los rumores sugerían que en otro tiempo Filipo había sido su amante y que él debía el reino a las intrigas que Filipo había urdido apenas cinco años atrás. Al acceder a casarse con su sobrina y convertirse en yerno de Filipo, el hermano de Olimpia exacerbó el agravio que se le había hecho a la reina. La tradición política exigía que Filipo estuviese vinculado a sus vecinos y súbditos del Epiro a través del matrimonio, y, durante los últimos veinte años, Olimpia había satisfecho esta obligación al ser ella misma una princesa epirota. Ahora bien, si su hermano, el rey del Epiro, se casaba con alguien de la familia de Filipo, ella ya no sería necesaria para la vida política o privada del caudillo macedonio. Durante las celebraciones en la vieja capital real de Macedonia, los invitados a la boda iban a ser testigos de algo más que de la despedida de su señor. Iban a asistir al último repudio de la reina Olimpia, planeado para afianzar el reino natal de Filipo y sus fronteras antes de que él partiera hacia Asia.

Los invitados fueron a Egas, donde se encuentra el palacio más antiguo de Macedonia, en un lugar que, durante mucho tiempo, escapó a las pesquisas de los investigadores modernos. De hecho, el palacio fue descubierto hace mucho, sólo que el nombre se aplicó mal. Egas no se encuentra en la verde y pronunciada ladera de la moderna Edesa, junto a las cordilleras del Bermio y el Barnous, donde las cascadas de agua se precipitan en los huertos que hay más abajo y donde ningún arqueólogo ha encontrado prueba alguna, excepto la muralla de Egas ubicada allí por los mapas griegos modernos. Este palacio de Egas es el palacio de Vergina, situado más al sur y conocido desde hace mucho tiempo, donde mil años antes del nacimiento de Filipo empiezan a construirse tumbas macedonias y donde las estribaciones septentrionales del monte Olimpo todavía provocan que las nubes retrocedan cuando entran en la dorada llanura de la Baja Macedonia, una característica del clima que un griego que visitó la Egas

de Filipo observó como una peculiaridad local. Hoy en día, el palacio de Vergina muestra los mosaicos y el trazado de la planta de la época de los últimos reyes, pero el palacio ancestral de Filipo debía de encontrarse junto a él, siendo fácil de alcanzar desde la frontera griega a la que viajaron los invitados a la boda utilizando embarcaciones y caballos; un pequeño canal fluvial los habría llevado hasta el límite de la primera llanura de Macedonia, por lo que no habrían visto mucho más de esta tierra que, sin embargo, conocían por sus bosques de abetos blancos, sus caballos criados en libertad y sus reyes, unos hombres que rompían su palabra y que nunca disfrutaban de una muerte pacífica.

Los invitados se encontraron con que la boda que los había llevado hasta allí había sido planeada en su propio estilo griego. Se celebraron banquetes y competiciones atléticas, hubo premios para artistas de todo tipo y recitales ofrecidos por famosos actores atenienses, los cuales habían gozado durante mucho tiempo del favor de Filipo en calidad de invitados y enviados a su corte. Durante varios días, el vino oscuro y fuerte de Macedonia corrió con generosidad, y las ciudades griegas aliadas, que sabían dónde radicaba su ventaja, agasajaron a Filipo con coronas de oro. Fueron recompensadas con excelentes noticias, que afectaban tanto al interior como al exterior. En Grecia, hacía tiempo que el oráculo de Delfos había abrazado la causa de Filipo, y la profecía sobre la invasión parecía de lo más favorable a la luz de los despachos que llegaban del este. Su fuerza expedicionaria había sido bien recibida por los súbditos griegos de Persia que se encontraban en la lejana costa de Asia Menor; en Egipto, había levantamientos protagonizados por los nativos, y se rumoreaba que en el lejano palacio de Susa un eunuco real había envenenado al anterior rey de los persas, que después le había ofrecido el trono a un príncipe al que también envenenó y, luego, a un cortesano de menor rango conocido ahora como el rey Darío III. El fin de la dinastía real por medio de

un doble envenenamiento no alentaba precisamente a los gobernadores persas a defender la periferia occidental de su Imperio, y era probable que ello propiciase un triunfo mayor en Asia. Se trataba de una agradable perspectiva y, cuando la ceremonia nupcial hubo concluido, Filipo, caudillo de los griegos, anunció un espectáculo en el que él mismo iba a participar; a la mañana siguiente, en el teatro de Egas, los juegos empezarían con una procesión solemne y las gradas deberían ser ocupadas a la salida del sol.

Al amanecer, las imágenes de los doce dioses griegos del Olimpo, realizadas por los artesanos griegos más hábiles, serían escoltadas ante el público; en la vida urbana del mundo clásico, pocas celebraciones perdurarían durante tanto tiempo como las largas y lentas procesiones en honor de los dioses, y era lógico que Filipo se mantuviera fiel a esta arraigada tradición. Sin embargo, Filipo añadió un elemento que no era tan habitual, pues hizo que se entronizase una estatua suya entre las de los Inmortales: fue una comparación atrevida que, al parecer, no resultó odiosa a sus escogidos invitados. Con anterioridad, los griegos habían recibido honores iguales a los de los dioses, e incluso en las ciudades griegas había pistas de que Filipo habría sido adorado en vida por sus poderes benéficos. Los súbditos, agradecidos, creían que estaba especialmente protegido por Zeus, antepasado de los reyes macedonios, y era fácil relacionar su retrato, en el que lucía una barba negra, con el del rey de los dioses, por lo que exponerlo de manera prominente en los templos locales no parecía un atrevimiento excesivo. Puede que el entronizamiento sagrado de su estatua fuera una innovación del propio Filipo, pero su objetivo explícito era complacer a sus invitados griegos, no conmocionarlos con un acto impío. Filipo lo consiguió, pues su ejemplo en Egas se convirtió en una costumbre que pasó a los reyes macedonios, a los que posteriormente se adoraría en la Asia griega, de éstos a Julio César y, después, a los emperadores de Roma.

Cuando las imágenes fueron llevadas a la arena, Filipo ordenó a los escoltas que se apartaran. No habría sido adecuado aparecer en público entre hombres armados, pues eso constituía el distintivo de un tirano, no de un caudillo aliado. Sólo lo acompañaban dos jóvenes príncipes: Alejandro, el hijo que había tenido con Olimpia, y otro Alejandro, el rey del Epiro cuya boda se acababa de celebrar. Entre su hijo y su yerno, el rey Filipo empezó a avanzar, con el cuerpo envuelto en una túnica blanca que dejaba al descubierto las numerosas heridas recibidas tras veinte años de lucha, exhibiendo la negra barba y su condición de tuerto, él, un hombre al que los visitantes griegos habían alabado por su belleza apenas diez años atrás.

Filipo no llegaría a reunirse con su público. En la entrada del teatro, un joven escolta desobedeció sus órdenes y se quedó detrás de sus compañeros oficiales sin ser visto; cuando Filipo se aproximó, el joven se abalanzó sobre él, lo agarró y lo apuñaló hundiéndole una corta daga celta entre las costillas. Después corrió, aprovechando la ventaja que le proporcionaba la total sorpresa de los presentes ante lo sucedido; los escoltas reales que no se habían lanzado a perseguirlo se dirigieron apresuradamente hasta donde yacía Filipo. Pero ya no había esperanza: Filipo estaba muerto, y Pausanias, el escolta real procedente del montañoso reino oriental de la Oréstide, había cumplido su venganza.

A las puertas de la ciudad había caballos y colaboradores concertados de antemano que lo esperaban, de modo que parecía que Pausanias lograría escapar. Sólo unas cuantas zancadas más y se habría reunido con ellos, pero, en su prisa por saltar una valla, calculó mal, tropezó y cayó, pues una de sus botas quedó atrapada en la rama de una vid. De inmediato, tres de sus perseguidores se abalanzaron sobre él; eran nobles de las tierras altas, y uno de ellos incluso del mismo reino que Pausanias. Sin embargo, los vínculos territoriales no contaban en ese caso para nada, y, según dicen algunos,

lo ejecutaron allí mismo y en ese mismo momento; otros afirman, lo cual resulta más plausible, que lo llevaron a rastras de vuelta al teatro, donde pudo haber sido interrogado acerca de sus cómplices, y que después fue condenado a muerte. Siguiendo el habitual castigo que entre los griegos recibían los ladrones y los asesinos, le colocaron cinco argollas de hierro sujetas a una tabla de madera alrededor del cuello, los brazos y las piernas, y lo dejaron morir públicamente de inanición antes de bajar su cadáver para darle sepultura.

«El toro está engalanado; el final está cerca, el sacrificador está en camino». El repentino asesinato de Filipo pareció un verdadero misterio a sus invitados y, en cuestión de misterios, se consideró que el oráculo délfico era el que, una vez más, había dicho la única verdad. El oráculo, dijeron después, había dado esta respuesta a Filipo la primavera anterior a su asesinato; Filipo pensó que el toro simbolizaba al rey persa, que el sacrificador era él y que el verso del oráculo confirmaba la victoria cuando invadiera Asia. Para Apolo, dios del oráculo, el toro era Filipo, engalanado para la boda de su hija, y el sacrificador Pausanias; la respuesta se convirtió en la verdad, pero un oráculo no es una explicación y, en Historia, y sobre todo cuando se trata de la historia de un asesinato, no sólo es importante saber qué es lo que sucedió. También es importante saber por qué.

Entre muchas habladurías y confusión, sólo se conserva una explicación contemporánea de los motivos que tenía Pausanias. El asesinato de Filipo, escribió el filósofo Aristóteles, fue un asunto personal, y puesto que Aristóteles había vivido en la corte macedonia, donde fue tutor de la familia real, su juicio merece ser tenido en cuenta: Pausanias asesinó al rey «porque había sido objeto de abusos por parte de los seguidores de Átalo», que era tío de Eurídice, la nueva esposa de Filipo, y que gozaba por tanto de alta estima por parte de Filipo. Otros parecían conocer la historia con mayor detalle y, al cabo de unos cincuenta años, el relato se había ampliado

y se había vuelto más inverosímil: contaban que Pausanias había sido amante de Filipo, hasta que los celos lo involucraron en una riña con Átalo, un noble al que no se podía insultar a la ligera. Átalo invitó a Pausanias a cenar, consiguió emborracharlo y lo entregó a los encargados que cuidaban sus mulas para que abusaran sexualmente de él a su antojo; Pausanias se habría dirigido a Filipo en busca de venganza, pero Filipo no iba a volverse contra el tío de su nueva novia, por lo que desoyó sus quejas. Poco después, Átalo fue enviado a Asia para dirigir la invasión, y, según dijeron, Pausanias tuvo que volverse contra el único blanco que le quedaba en Macedonia: en un ataque de venganza irresponsable, asesinó al rey que lo había decepcionado.

El resentimiento de Pausanias puede ser cierto, pero la historia que Aristóteles apadrinó no es una explicación completa ni suficiente. Aristóteles se refiere a ella de pasada, en un libro de filosofía en el que el asesinato de Filipo es uno más entre una serie de acontecimientos de la época, y es posible demostrar que el filósofo trató el episodio de un modo demasiado superficial; Aristóteles conocía bien Macedonia, aunque sólo como funcionario de la corte, y, en el asunto de Pausanias, no es difícil criticar su opinión. Aun cuando Pausanias hubiera estado tan trastornado como lo están la mayoría de los asesinos, era extraño que eligiese a Filipo para vengar un ultraje de tipo sexual infligido por otro hombre y que, supuestamente, había tenido lugar muchas semanas antes; en el caso de Grecia, las malas lenguas han querido explicar demasiados crímenes recurriendo a la homosexualidad, de manera que es difícil que un ejemplo más resulte convincente. Es probable que hubiera otros motivos que justificaran el origen de la historia; pocas semanas después de la muerte de Filipo, Átalo sería asesinado en Asia por orden de Alejandro, heredero de Filipo y antiguo alumno de Aristóteles. Posiblemente los amigos del nuevo rey habían culpado del crimen cometido por Pausanias a la arrogancia